

ARTE CONTEMPORÂNEA: ÁGUA E SUSTENTABILIDADE

Nara Cristina Santos
(ORGANIZADORA)



ARTE CONTEMPORÂNEA: ÁGUA E SUSTENTABILIDADE

Organização: Nara Cristina Santos (UFSM)
Revisão: Natascha Carvalho e Pierre Jácome
Projeto Gráfico original: Daniel dos Santos
Diagramação: G3 Comunicação
Fotografia da Capa: Karla Brunet

A786 Arte contemporânea [recurso eletrônico] : água e sustentabilidade /
Nara Cristina Santos (organizadora). – Santa Maria, RS : Ed.
PPGART, 2021.
1 e-book : il.

ISBN 978-65-88403-45-7

1. Arte contemporânea 2. Água 3. Sustentabilidade I. Santos,
Nara Cristina

CDU 7.036:504.03

Ficha catalográfica elaborada por Lizandra Veleda Arabidian - CRB-10/1492
Biblioteca Central - UFSM

Todos os direitos desta edição estão reservados à Editora PPGART.

Av. Roraima 1000. Centro de Artes e Letras, sala 1324.
Bairro Camobi | Santa Maria / RS
(55) 3220-9484 | (55) 3220-8427
editorappgart@ufsm.br e seceditorappgart@gmail.com
<http://coral.ufsm.br/editorappgart/>



ARTE CONTEMPORÂNEA: ÁGUA E SUSTENTABILIDADE

Universidade Federal de Santa Maria

Reitor: Luciano Schuch

Vice-reitora: Martha Bohrer Adaime

Centro de Artes e Letras

Diretor: Claudio Antonio Esteves

Vice-diretora: Cristiane Fuzer

Comissão Editorial PPGART

Diretora: Darci Raquel Fonseca

Vice-diretora: Reinilda de Fátima

Berguenmayer Minuzzi

Conselho Técnico-administrativo

Coordenação de editoração

Altamir Moreira

Helga Correa

Coordenação de administração:

Secretaria: Camila Linhati Bitencourt

Financeiro: Daiani Saul da Luz

Conselho Editorial

Andréia Machado Oliveira

Darci Raquel Fonseca

Gisela Reis Biancalana

Karine Gomes Perez Vieira

Nara Cristina Santos

Rebeca Lenize Stumm

Reinilda de Fátima Berguenmayer

Minuzzi

Rosa Maria Blanca Cedillo

Conselho Técnico-científico

Afonso Medeiros (UFPA)

Cleomar Rocha (UFG)

Eduarda Azevedo Gonçalves (UFPEL)

Emerson Dionísio Gomes de Oliveira (UNB)

João Fernando Igansi Nunes (UFPEL)

Giselle Beiguelman (USP)

Helena Araújo Rodrigues Kanaan (UFRGS)

Maria Luisa Távora (UFRJ)

Maria Beatriz Medeiros (UNB)

Mariela Yeregui (UNTREF)

Maria Raquel da Silva Stolf (UDESC)

Milton Terumitsu Sogabe (UNESP)

Paula Cristina Somenzari Almozara

(PUC/Campinas)

Paula Ramos (UFRGS)

Paulo Bernardino (PT, Univ. Aveiro)

Paulo César Ribeiro Gomes (UFRGS)

Paulo Silveira (UFRGS)

Rachel Zuanon Dias (UAM)

Regina Melim (UDESC)

Regilene Aparecida Sarzi Ribeiro

(UNESP)

Sandra Makowiecky (UDESC)

Sandra Terezinha Rey (UFRGS)

Vera Helena Ferraz de Siqueira (UERJ)

ARTE CONTEMPORÂNEA: ÁGUA E SUSTENTABILIDADE

Nara Cristina Santos
(ORGANIZADORA)

- 5 APRESENTAÇÃO
-
- 8 **PENSAR EL ARTE, LA TECNOLOGÍA Y LA VIDA EN ESCALA PLANETARIA:**
LOS DESAFÍOS DEL TECNOCENO
Flavia Costa (UBA/ARGENTINA)
-
- 18 **ESTÉTICAS DO ABANDONO:** A RUINOFILIA GERADA PELAS ÁGUAS
DE EPECUÉN
Lucas Gervilla (UNESP)
-
- 27 **DRAMATURGIA DEL PAISAJE:** ¿QUÉ SUCEDE EN EL PAISAJE CUANDO
NADA PASA Y NADIE MIRA?
Alejandra Isler (UNTREF/ARGENTINA)
-
- 38 **SEMBRAR MUNDOS POSIBLES DESDE EL ARTE**
Laura Zingariello (UNTREF/ARGENTINA)
-
- 52 **SUSTENTABILIDADE E POÉTICA DA ÁGUA NAS OBRAS DO GRUPO CAT**
Grupo cAt (UNESP/UAM)
-
- 64 **MUSEUS VIRTUAIS:** REPRESENTAÇÕES DA ÁGUA
Marilaine Amadori (UFMS)
-
- 79 **A ARTE DAS ÁGUAS**
Malva Mancuso (UFMS)
-
- 93 **POÉTICAS LÍQUIDAS:** DAS ÁGUAS AO AMBIENTE
Hugo Fortes (USP)
-
- 102 **PROJETO ÁGUA:** UMA PROPOSTA INTERDISCIPLINAR
Ivone Richtter (UFMS)
-
- 117 **FACTORS 7.0:** CURADORIA E ESTRATÉGIA EXPOSITIVA ONLINE
Nara Cristina Santos, Cristina Landerdahl, Raul Dotto Rosa,
Natascha Carvalho, Flávia Queiroz e Ana Luiza Martins (UFMS)
-
- 137 MINI-CURRÍCULO DOS AUTORES

PENSAR EL ARTE, LA TECNOLOGÍA Y LA VIDA EN ESCALA PLANETARIA: LOS DESAFÍOS DEL TECNOCENO

Flavia Costa

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)
Universidad de Buenos Aires (UBA)

En los últimos meses, después de atravesar el desconcierto inicial, quedó claro que la pandemia del coronavirus ha sido menos la irrupción de un acontecimiento novedoso que el signo de una gran transformación epocal. Signo de un salto de escala en nuestra relación con el mundoambiente que se venía macerando al menos desde mediados del siglo pasado.

En efecto, si queremos ubicar este acontecimiento tan dislocador en una serie, sugiero incluirla en la serie de los “accidentes normales” de la nueva época abierta con el proceso que el químico Will Steffen llamó la Gran Aceleración (2005);¹ y que por mi parte, siguiendo en parte a Hermínio Martins (2018), denomino Tecnoceno: la época en la que, a través de poner en marcha tecnologías de alta complejidad y de altísimo riesgo, dejamos huellas en el mundo que exponen no solo a las poblaciones de hoy, sino a las generaciones futuras en los próximos miles de años. Que pueden, como en el caso del accidente nuclear de Chernóbil (1986), poner en riesgo la vida de medio planeta, y cuyos efectos sobre el ecosistema perdurarán por tanto o más tiempo que el que ya lleva en la Tierra la humanidad. Se estima que la radioactividad emanada de la explosión del reactor de Chernóbil se extinguirá recién dentro de unos 260-300 mil años; y para darnos una idea, de hace 300 mil años datan justamente las más antiguas huellas de homo sapiens, encontradas en 2017 en el territorio de Marruecos.

¹ En el marco de sus investigaciones en torno al Antropoceno, Will Steffen indagó y describió doce curvas de aceleración muy pronunciada a partir de mediados del siglo XX en áreas sociales críticas: el crecimiento de la población, del PIB real a nivel global, de la inversión extranjera directa, de la población urbana, en el uso de energía primaria, en el consumo de fertilizantes, en el uso del agua potable, en la construcción de grandes represas, en la producción de papel, en el transporte, en las telecomunicaciones y en el turismo internacional. Y otras doce curvas similares en el Sistema Tierra: el crecimiento en las emisiones de dióxido de carbono, óxido nitroso y metano; la caída del ozono estratosférico, el aumento de la temperatura de la superficie terrestre, la acidificación oceánica, la captura de peces marinos, el aumento de la acuicultura de camarón, el aumento del nitrógeno en zonas costeras, la pérdida de bosques tropicales, la degradación de la biosfera terrestre y el aumento de las tierras preparadas para cultivo. Ver Steffen et al. 2015.

Utilizo el término Tecnoceno como una declinación o especificación de otro término, el de Antropoceno, propuesto en el año 2000 por el químico atmosférico holandés Paul Crutzen, Premio Nobel 1995, para señalar que la influencia del comportamiento humano sobre la Tierra en las últimas décadas ha sido tan significativa como para implicar transformaciones en el nivel geológico. De hecho, pese a las encendidas discusiones que la propuesta de Crutzen suscitó entre geólogos y especialistas de otros ámbitos expertos, el 20 de mayo de 2019, el Grupo de Trabajo sobre el Antropoceno dentro de la Subcomisión de Estratigrafía del Cuaternario, que es a su vez un cuerpo de la Comisión Internacional de Estratigrafía, votó por el 88 % de aprobación (29 votos contra 4) que el Antropoceno constituye una nueva capa estratigráfica en el planeta. En esa misma reunión, el Grupo dató el inicio del Antropoceno en la Era Atómica – y no, como había sido la propuesta original de Crutzen, en los inicios de la era industrial, con la invención de la máquina de vapor y el comienzo de la era de los combustibles fósiles.²

Esta precisión temporal es reveladora, en la medida en que ubica el inicio de la era del “antropos” en un momento particularmente denso en cuanto a la capacidad de afectar de forma material el planeta: la posibilidad concreta de liberar energía nuclear. Es esto lo que me inclina a poner el acento en la cuestión del despliegue técnico, en las infraestructuras construidas y en los modos de energía afectados y desencadenados, del mismo modo en que otros han puesto el acento en la economía política y en el entramado de relaciones sociales propia de la acumulación capitalista globalizada como eje propiciador de este gran salto, y hablan entonces de Capitaloceno (Moore, 2017; Svampa, 2018). En ambos casos, lo que hacemos es echar luz sobre una dimensión particularmente significativa para comprender el Antropoceno, y sobre la que creemos que es necesario reflexionar profundamente para hacer posibles formas de vida alternativas.

En la historia del Tecnoceno, la década de 1970 ha sido un momento particularmente denso, de catalización de tendencias preexistentes. Veámoslo a la luz de unos pocos hechos. En 1970, Francis Crick publicó en la revista *Nature* lo que él denominó el Dogma Central de la biología molecular, donde propone una explicación unidireccional (ADN – ARN – proteína – acción celular) de los mecanismos de transmisión de la herencia genética. Posteriormente ese “dogma” ha sido cuestionado, sobre todo en lo que respecta a esa vía unilineal - se sabe hoy que esa vía desde el ADN hasta la acción celular no es la única posibilidad -, pero los ensayos en torno a él propiciaron una nueva forma de experimentación con la posibilidad de “descifrar” y “alterar” el llamado “código de la vida”. Ya en nuestra región, entre 1971 y 1973, se

² Entre los elementos que definen el Antropoceno se cuentan el cambio climático, producto del aumento de las emisiones de dióxido de carbono y otros gases de efecto invernadero; la pérdida de biodiversidad y el aumento de la población humana; la alteración, por obra del humano, de los ciclos biogeoquímicos, como los ciclos del agua, del carbono, del nitrógeno, del oxígeno, a través de la actividad industrial, la deforestación, la contaminación de suelos y napas por acción de fertilizantes. Si bien la votación de 2019 ha sido muy relevante, para que el Antropoceno resulte una unidad formalmente aceptada de la Escala del Tiempo Geológico aún resta que se expidan la Comisión Internacional de Estratigrafía y el Comité Ejecutivo de la Unión Internacional de Ciencias Geológicas.

desarrolló en el Chile de Salvador Allende el proyecto Cybersyn - por las siglas en inglés de “sinergia cibernética”-, también conocido como SYNCO, sistema de información y control, que lideró el científico británico Stafford Beer, convocado por el entonces ministro de Hacienda Fernando Flores. Su propósito era gestionar todas las empresas controladas por el Estado en tiempo real mediante una red de teletipos interconectadas, utilizando los principios de la cibernética.

Poco después, en 1974, apareció en sociedad la máquina Altair 8800, considerada la chispa que encendió el boom de la computadora personal. Fue para ella que Bill Gates y Paul Allen diseñaron el lenguaje de programación Altair BASIC y, un año más tarde, fundaron Microsoft (nombre que luego cambiaría a Microsoft).

En 1977, Michel Foucault brindó una breve y hoy muy difundida intervención en la Universidad de Vincennes titulada “Nuevo orden interior y control social”, en la que, ante el declive evidente del modelo del gobierno disciplinario de las poblaciones, anticipaba el escenario de lo que luego Gilles Deleuze denominaría “sociedad de control”. Esta nueva sociedad estaría basada en un “sistema de información general” que no tiene por objetivo central la vigilancia continua de cada individuo, sino la posibilidad de intervenir allí donde haya constitución de un peligro - o de una oportunidad comercial o política: “una especie de movilización permanente de los conocimientos sobre los individuos” de base informacional. Por último, ya hacia el final de la década, en 1979, se produjo el más grande incidente en una planta civil de energía nuclear hasta el momento, y el tercero en envergadura todavía, después del de Chernóbil (en la entonces URSS) y Fukuyima (Japón, 2011). Se trata de la explosión del reactor nuclear de Three Mile Island (en Pensilvania, EEUU), a partir de la cual el sociólogo estadounidense Charles Perrow, especialista en sociología de las organizaciones, acuñó la noción de “accidente normal”.

Con “accidente normal” Perrow refiere a un tipo de perturbación mayor, de acontecimiento disruptivo de gran envergadura, al mismo tiempo previsible e inevitable, que es propio de los sistemas que involucran tecnologías de alto riesgo. En estos sistemas sociotécnicos complejos los factores tecnológicos y organizacionales están fuertemente imbricados entre sí y tienen dos características, que los distinguen de los sistemas lineales. La primera son los “acoplamientos fuertes”; esto significa que los procesos ocurren a gran velocidad y que buena parte de ellos, una vez iniciados, no pueden ser detenidos rápidamente sin ocasionar consecuencias graves: no hay una tecla off, como en una corrida bancaria, un derrame de petróleo o en un reactor nuclear que comienza a explotar. En estos acoplamientos existen una o más secuencias invariantes que no pueden ser resumidas o simplificadas, y en el caso de una falla o un imprevisto, el margen para reemplazar materiales o personas compe-

tentes es muy escaso. La segunda característica de los sistemas sociotécnicos complejos es que en ellos se dan interacciones inesperadas: distintos componentes del sistema pueden interactuar con otros componentes fuera de la secuencia prevista por el diseño, o incluso con elementos externos al sistema, como ocurre por ejemplo en “las centrales nucleares, la producción de ADN recombinante o los cargueros que transportan sustancias de elevada toxicidad”, tal como sostiene Perrow en el libro *Accidentes normales*, publicado en inglés en 1984.

Los “accidentes normales” o “accidentes sistémicos”, como también los llama Perrow, no son normales porque sean frecuentes: son normales porque son inherentes a un sistema complejo. Como dice Perrow: “La muerte es lo normal de los mortales, y solo morimos una vez. Los accidentes sistémicos son infrecuentes, raros incluso, pero eso no es en absoluto tranquilizador cuando pueden provocar catástrofes” (Perrow, 2009, p. 21-22).

Estos accidentes no son producto de una guerra, de una negligencia o de un sabotaje, sino que son inseparables de la productividad del sistema, de su desarrollo, de su incremento y de lo siempre contingente que se abre cuando se dispara una acción tecnológica hipercompleja hacia el futuro. La clave de todo esto es, sin embargo, que estos “accidentes normales”, si bien son inevitables, son previsibles, y es posible reducir considerablemente los riesgos si se toma en serio el hecho de estar habitando el mundo que efectivamente tenemos hoy ante, o con, nosotros.

LA PANDEMIA COMO ACCIDENTE NORMAL

Decimos entonces que la pandemia puede ser interpretada como un “accidente normal” de esta nueva escala abierta con el Tecnoceno. Una nueva escala en la cual los ajustes sistémicos se dirimen no solo entre individuos y sociedades, como estábamos acostumbrados a pensar, ni entre individuos y Estado, y ni siquiera entre Estados, sino que empezamos a participar cada vez con mayor frecuencia en situaciones que nos ponen a los individuos, a las sociedades y a los Estados ante problemas, incluidas potenciales catástrofes, de la escala de la especie. Que implican al Sistema Tierra - un sistema bio-socio-técnico sumamente complejo - en su totalidad; que dejan expuestas a cientos de generaciones, y que involucran muy diferentes ámbitos expertos.

Hoy habitamos el mundo que se pensó y se edificó en las últimas décadas. Y esto es así porque, en paralelo a esta aceleración científico técnica, se produjo también la aceleración de otros procesos biológicos y sociales. Veamos en particular tres: el crecimiento de la población mundial, el incremento de la urbanización y la desigualdad estructural, que también se incrementó en estos años.

La primera vez que hubo mil millones de humanos sobre la Tierra fue en torno a 1800. Tuvo que pasar más de un siglo y medio para que esa cifra se triplicara: en 1960 éramos 3 mil millones. Y en los últimos sesenta años, ese número se multiplicó por 2,5: hoy somos entre 7,6 y 7,7 mil millones de personas. Junto con el crecimiento en número absoluto, se registra un aumento de la proporción de personas que vive en ciudades: en 1950, menos del 30 por ciento de los habitantes del mundo vivían en regiones urbanas (unas mil millones de personas). Hoy casi el 60 por ciento lo hace, es decir, hay alrededor de 4,2 mil millones de aquellos a los que Georg Simmel llamaba “urbanitas”. De los que no siempre puede decirse que hayan elegido ese destino por espíritu cosmopolita. Desplazados de sus territorios por la expansión de la frontera agropecuaria, por los loteos de tierras de uso común, por la desertificación de sus territorios, por conflictos políticos, muchos están allí simplemente porque no encuentran otro lugar dónde ubicarse.

Si pensamos en las necesidades más elementales que esta pandemia exige tener satisfechas, el agua es, sin duda, un tema clave: hoy, tres de cada diez personas en el mundo carecen de acceso a agua potable en sus hogares. Y seis de cada diez personas no poseen servicios sanitarios.

Esto nos da un indicio de que no se trata de cuántos somos, sino de la dramática desigualdad que organiza nuestros intercambios. Desigualdades socioeconómicas, étnicas, de edad, de género, territoriales y geográficas. Me detengo por ahora solamente en el primer grupo: las desigualdades distributivas. A comienzos de este año, antes de la apertura de Foro Económico Mundial de Davos (Suiza), se conoció el informe anual de la organización no gubernamental Oxfam sobre desigualdad, según el cual 2.153 personas tienen hoy más dinero que los 4.600 millones de personas más pobres del planeta, el 60 por ciento de la población mundial. No se trata tampoco de que los recursos sean escasos: el 22 de mayo de este año, la revista Forbes publicó en su tapa que, en los dos meses anteriores –entre que la OMS declarara la pandemia a mediados de marzo hasta mediados de mayo–, veinticinco de las personas más ricas del mundo habían incrementado su patrimonio en 255 mil millones dólares. Son, fundamentalmente, empresarios de las telecomunicaciones, las redes sociales y el comercio electrónico –los tres primeros de esa lista son Mark Zuckerberg, CEO de Facebook; Jeff Bezos, fundador y CEO de Amazon, y Colin Zheng Huang, el fundador de Pinduoduo, la segunda cadena de mercado en línea más grande de China después de Alibaba.

Este punto es clave: no se trata entonces de que “somos muchos” - es cierto que lo somos, y que eso entraña poderosos desafíos globales, sobre todo porque se ha acentuado en paralelo el proceso de urbanización, y muchas veces no en las condiciones adecuadas. Pero esto

se agrava porque la riqueza existente, e incluso la que se genera año a año, está demasiado mal repartida y esto ocurre no de forma fortuita, sino deliberada. Esa es una de las razones principales por la cual no nos está resultando posible construir contenciones viables, de escala de conjunto, para los riesgos relativos a la vida que esta época supone.

Como se sabe, las zoonosis están asociadas al hecho de que poblaciones humanas traban relación cercana con animales silvestres que no habían sido hasta el momento parte de la convivencia cotidiana, ya como animales de compañía, ya como parte de la dieta. Si bien en el planeta hay millones de virus que residen en animales que jamás detectamos cuando sus ecosistemas están intactos, a medida que invadimos y destruimos ambientes vírgenes, esa “perturbación ecológica hace que surjan enfermedades”, tal como afirma David Quammen en su libro *Spillover. Animal infections and the next human pandemic*. Tengamos en cuenta que, tal como explicaba el entomólogo Edward Wilson en su estudio *El futuro de la vida*, de 2003, “cuando el *Homo sapiens* pasó la barrera de los seis mil millones [en 1999], ya habíamos superado en cien veces la biomasa de cualquier especie de animal grande que haya existido en la Tierra”. En efecto, hoy, entre los seres humanos (36 por ciento) y los animales domesticados para nuestro consumo o como mascotas (en total, 59,8 por ciento), constituimos el 95 por ciento de los mamíferos terrestres. Y no se trata solo de que rompemos el equilibrio ecológico. Junto con eso, ofrecemos nuestro propio cuerpo como hábitat alternativo para los virus, que se ven beneficiados con este salto: adaptándose a nuestras características biológicas, ingresan al huésped animal más movedizo del planeta. Un anfitrión que, por añadidura, es un carnívoro hambriento, y muchas veces no percibe otra alternativa mejor para alimentarse que incorporar nuevos animales a su dieta.

No hace falta enumerar todas las previsiones que estuvieron a mano en los últimos años - la investigación de Quammen sobre las zoonosis; el film “Contagio”, de Steven Soderbergh; los libros “La próxima plaga” de Laurie Garret y “Pandemias”, de Peter Doherty, entre muchos otros, ya nos fueron recordados puntillosamente durante las primeras semanas de la pandemia. Sí, en cambio, vale tener en cuenta que todas estas previsiones deben ser tomadas en serio como base para una política de disminución de los riesgos.

Ya después de la epidemia del SARS 1, en 2003, se había vuelto claro que las nuevas zoonosis estaban disparadas y que había que prepararse para ellas. Que era necesario investigarlas científicamente, y equipar a los sistemas de salud con más y mejores estrategias e insumos. Que el cuidado de la salud pública o colectiva no puede limitarse a brindar informaciones sobre cómo cuidarse, sino que debe ir acompañado de acciones más concretas - en otro trabajo llamé “biopolítica informacional” a esta particular forma de relación entre las agencias de gobierno y los ciudadanos, propia de la gubernamentalidad neoliberal, en la que se

promueve que las personas estén informadas acerca de que deben cuidarse, y acaso cómo, mientras se desatienden y desfinancian las infraestructuras materiales, los equipamientos, la investigación científica y la formación de los trabajadores y profesionales de la salud para tratar con nuevas, y no tan nuevas, enfermedades. Que estos casos deben afrontarse con rapidez e información, no mediante la política del secreto, como hicieron las autoridades chinas con el hoy fallecido oftalmólogo Li Wenliang, del hospital central de Wuhan, quien en enero fue intimidado y desmentido públicamente por alertar a sus colegas sobre la posibilidad de una nueva neumonía infecciosa parecida al SARS 1.

Porque la combinación entre el volumen de la especie, los desarrollos científico-técnico-industriales que hemos puesto en marcha y la poderosísima desigualdad que organiza nuestros intercambios ponen al planeta entero en situación de inmensa vulnerabilidad. De allí que una política global de control de riesgos mediante la cooperación, que deje de lado cualquier versión de “supervivencia del más apto”, se vuelve la única política vital, o biopolítica afirmativa, razonable.

¿Qué pueden hacer los artistas en este contexto?

Ahora bien: en este escenario tan complejo y tan desafiante, ¿qué pueden hacer los artistas? Una primera idea había sido enunciada por el crítico y filósofo Vilém Flusser en su texto “Arte vivo”, publicado en la revista Artforum en 1988:

[Recientemente] fue descubierto que la información genética (moléculas de ácidos nucleicos) puede ser manipulada. Se trata de un descubrimiento fulminante. Implica que en adelante dispondremos de técnicas para realizar obras de arte vivas que se multiplicarán y darán origen a más obras de artes vivas. ¿Cómo, después de tal descubrimiento, seguir haciendo obras de arte inanimadas (esculturas, cuadros, libros, partituras, películas, videos, hologramas)? (...) El desafío es obvio. Disponemos actualmente de la técnica (arte) capaz de crear no sólo seres vivos sino formas de vida con procesos mentales (‘espíritu’) nuevos. (...) Esta es una tarea no para biotecnólogos abandonados a su propia disciplina sino para artistas en colaboración con los laboratorios actualmente establecidos. En rigor, las escuelas de arte deberían mudarse a esos laboratorios, y los laboratorios deberían formar parte de las escuelas de arte (Flusser, 1988, p. 9).

En buena medida, ese espíritu de exploración, de transdisciplina, de entrecruzamiento sigue siendo fundamental, si bien hoy se requiere que esto se realice desde una perspectiva no ingenua ni mucho menos tecnoeufórica, sino crítica y política. Hace ya casi dos décadas, desde el Exploratorio Ludión (www.ludion.org) venimos relevando la tarea de aquellos ar-

tistas que, en América Latina, desarrollan poéticas críticas que asumen de manera explícita su inserción en el mundo técnico que les es contemporáneo, a la vez que denuncian la colonización capilar de la existencia por parte de su lógica instrumental y extractivista.

Entre las varias estrategias de estas tecnopoéticas críticas que caracterizan a nuestra región, mencionaré aquí tres: por un lado, la exposición y denuncia de los peligros implícitos en el uso acrítico de dispositivos tecnológicos: desde los riesgos para la privacidad y para la seguridad de poblaciones vulnerables, hasta los peligros ambientales de un modelo de consumo sostenido en la obsolescencia planificada de materiales no degradables. En segundo lugar, la visibilización de los procedimientos técnicos: la apertura de las “cajas negras” de los dispositivos a través de los cuales somos impulsados a conducirnos de determinadas maneras, como los algoritmos que nos “asisten” buscando orientar nuestras trayectorias en los mundos “real” y “virtual”. En tercer lugar, la experimentación con formas de vida alternativas: el impulso, que acompañó toda la aventura del arte contemporáneo al menos desde comienzos del siglo XX, de entremezclar el arte con la vida para transformar a ambos, mediante la creación de “zonas temporalmente autónomas”, espacios capaces de recordarnos la posibilidad de una vida distinta, no alienada, no embrutecida, no regimentada.

Para terminar, permítanme recordar algunas de las funciones que tradicionalmente se atribuyen al arte desde los inicios de la modernidad – o al menos, desde ciertas teorías europeas de una modernidad que todavía a fines del siglo pasado se pensaba a sí misma como “proyecto inconcluso” (Habermas, 1989, p. 131-144). Siguiendo la reflexión de Max Weber sobre la modernidad cultural, esta tesis afirma que durante el proceso de secularización o “mundanización”, la religión deja de ser el núcleo central de la cultura, en el que ella construye y encuentra su sentido, y entonces la búsqueda del significado de las “cuestiones últimas” se reorienta hacia otros tres ámbitos o esferas de relativa autonomía. Uno es el de la ética y la política, donde lo que se dirime en última instancia es la cuestión de cuándo y en virtud de qué una acción es justa o injusta. El segundo es el de la ciencia y la tecnología, en el que se estudian los mecanismos para alcanzar y para distinguir un conocimiento es verdadero de uno falso, así como para producir artefactos útiles. Y el tercero es la esfera del arte, en la que se crean las condiciones de emergencia de algo así como “obras-ocio” no necesariamente útiles, sino relevantes, o significativas, en la medida en que lo que está en juego en ellas es la intensidad de una experiencia fulmínea y a la vez duradera de producción de sentido. Shock, epifanía, estremecimiento son algunos de los modos en que esta esfera del arte ha percibido aquello a lo que ella misma da lugar. En este “reparto de lo sensible”, como diría Jacques Rancière, a diferencia del ámbito de la ciencia y la técnica, que se orientan a lo universal, lo regular, las leyes y mecanismos generales, el arte es la esfera de lo singular, lo irregular, la

experiencia vivida, la trama sensorial que atraviesa el cuerpo, la emergencia – siempre fugaz – de lo único e irrepetible.

De allí que, aún si permanecemos en el marco acotado que esta interpretación tradicional y eurocentrada nos ofrece, tengo para mí que los artistas críticos, reflexivos, conscientes del mundo en el que habitamos tienen enormes e importantes tareas por llevar adelante en el mundo por venir.

En primer lugar, los artistas críticos hoy pueden ser – como han sido siempre – los guías en los tránsitos entre las escalas: pueden llevarnos y traernos desde lo singular hasta lo múltiple, desde lo propio hasta lo común, y viceversa.

En segundo lugar, los artistas atentos continuamente interrogan lo existente como material a explorar, a cuestionar, a desarrollar; es por eso que tienen una fuerte inclinación pragmática y una intensa relación con lo inmanente del sentido: para estos artistas, la materialidad siempre significa. Sin embargo, suelen pararse ante esos materiales con una disposición no necesariamente imperativa o provocante, como diría Heidegger (1983), sino poética y colaborativa. La naturaleza, incluidos los propios seres humanos, no son para los artistas críticos un conjunto de recursos a explotar, sino un mundo material pletórico de sentido en el cual sumergirse y con el cual colaborar para producir nuevas realidades.

Luego, los artistas críticos siempre nos formulan, en forma implícita o explícita, la pregunta por la vida y sus formas. ¿Qué entendemos por una buena vida? ¿Qué puede fortalecer en nosotros, o por el contrario, qué puede aniquilar en nosotros, la dulzura de vivir? Lo hacen muchas veces de manera elíptica, empezando por la pregunta por su propia condición: ¿qué es hoy una forma de vida artística? Y de allí nos conducen a nuevos interrogantes: ¿cómo es posible interactuar con otras formas de vida, con lo no humano, con lo no vivo? ¿Cómo podemos profanar los rituales y las liturgias de esto que Shoshana Zuboff denomina “capitalismo canalla”, que se ha adueñado no sólo de Internet, sino de una parte muy importante del mundo?

REFERENCIAS

- COSTA, Flavia. “La pandemia como ‘accidente normal’”, en Revista Anfibia, 23 de abril de 2020. En Internet: revistaanfibia.com/ensayo/la-pandemia-accidente-normal/ (2020)
- FLUSSER, Vilém. “Curie’s children”, en Art Forum, Octubre. (1988)
- HABERMAS, Jürgen. “La modernidad, un proyecto incompleto”, en (1989)
- CASULLO, Nicolás (comp.) El debate modernidad – posmodernidad. Buenos Aires, Punto-sur.
- HEIDEGGER, Martin. “La pregunta por la técnica”, en Ciencia y técnica. Santiago de Chile, Editorial Universitaria. (1983)
- MARTINS, Hermínio et al. The Technocene: Reflections on Bodies, Minds, and Markets, Nueva York, Anthem Press. (2018)
- MOORE, Jason W.. “Del Capitaloceno a una nueva política ontológica”, entrevista en Ecología política. En Internet: <https://www.ecologiapolitica.info/?p=9795>, pp. 109. (2017)
- QUAMMEN, David. Spillover. Animal infections and the next human pandemic, W.W. Norton & Co, Nueva York. (2013)
- SLOTERDIJK, Peter. ¿Qué sucedió en el siglo XX?, Madrid, 2018. (2015)
- STEFFEN, Will et al.. “The trajectory of the Anthropocene: The Great Acceleration”, en The Anthropocene Review, 2 (1): 81-98. (2015)
- STEFFEN, Will et al.. Global Change and the Earth System: A Planet Under Pressure. The IGBP Book Series. Springer-Verlag, Berlín. (2004)
- SVAMPA, Maristella. “El Antropoceno como diagnóstico y paradigma. Lecturas globales desde el Sur”, en Utopía y Praxis Latinoamericana, 24 (84). (2019)
- WILSON, Edward. El futuro de la vida. Barcelona, Galaxia Gutemberg. (2003)
- ZUBOFF, Shoshanna. The Age of Surveillance Capitalism: The Fight for a Human Future at the New Frontier of Power. Profile Books. (2019)